

Prólogo

Armar una antología de ensayos propios invoca los fantasmas más temidos: el sujeto se ve obligado a mirar hacia atrás y leer esas páginas como si hubieran sido escritas por otro. Borges condensó esa experiencia en el pequeño ensayo “Borges y yo”: “No sé cuál de los dos escribe esta página”. El desdoblamiento provoca dosis de ansiedad y angustia, a la vez que se comprueba que sólo se pueden escribir pocas cosas sobre unos pocos temas. La práctica crítica semeja a la interpretación de variaciones musicales de piezas que resuenan de modo insistente. Para armar este volumen, escogí trabajos que forman una constelación de mis principales preocupaciones no sólo literarias porque siempre consideré el quehacer crítico como modo de intervención. Se trata de pensar de manera inescindible la vida a través de la literatura.

Sabemos que el acto de elegir va acompañado de la aflicción por lo que se deja de lado porque no satisface o porque no cabe en el espacio de los folios asignados. Entre los textos que siguen, hay algunos que me gustan especialmente, otros, bastante queridos, han quedado afuera. La coherencia obligó a ciertas renunciaciones. Reflejan obsesiones más o menos durables a través de muchos años.

Comunidad y alteridad son dos conceptos que atraviesan distintos campos teóricos. Cuando Jean-Luc Nancy en *La comunidad inoperante* relee el concepto bataillano de comunidad para la muerte, habla de la interrupción de la idea de comunidad como mito fundacional. Y dice que la comunidad es una historia que nos es ofrecida. Esto implica que los textos literarios pueden contar, entre otras historias, el deseo de comunidad. Por su lado, Roberto

Espósito analiza la etimología de la palabra descomponiéndola en *com munus*, enfatizando no la plenitud sino el vacío. *Communitas* es el conjunto de personas unidas no por una propiedad sino por una deuda o por un deber. Sus miembros permanecen unidos por la amenaza de muerte que viene del otro. El otro, el diferente constituye una instancia relevante para la constitución de la identidad entendida no como algo fijo o acabado sino como proceso. En otras palabras, toda identidad en tanto relacional implica la alteridad como término necesario.

Estas reflexiones que hago en mi presente y desde él, reverberan en estos trabajos que muestran distintos momentos de mi trayectoria crítica y desarrollan una idea de la literatura como máquina que deglute, convierte en alimento y recicla todo tipo de materiales. Dicho de otro modo, los capítulos que componen *Los unos y los otros. Comunidad y alteridad en la literatura latinoamericana* pueden ser pensados a partir de esos conceptos cruciales en los debates teóricos de hoy.

El Capítulo I, “Pensar la nación”, parte de los fundadores y recorre algunas propuestas literarias que elaboran la problemática del diseño de modelos de país. Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento fueron compañeros de ruta ideológica durante un lapso, enemigos políticos casi por el resto de sus vidas, reconciliados fugazmente en la vejez. Aunque rivalizaron en torno a la concepción de la nación y discutieron los papeles que les correspondían a las élites y a otros agentes sociales, sus proyectos encajan de manera casi perfecta porque si uno pensó la ley, el otro diseñó la educación del país futuro y ambos crearon, con estas miras, las lenguas que las generaciones posteriores asumieron por preciada herencia: la lengua literaria y violenta del *Facundo* (1845), en el caso de Sarmiento; la lengua jurídica, neutra y aseverativa, de las *Bases* (1852) que delineó Alberdi. Los vincula también la vocación militante con que ejercieron el oficio de escribir.

Y si Sarmiento se siente tentado a colocarse en el centro del campo de batalla, Alberdi permanecerá en un lugar más alto, más allá de las coyunturas porque se concibe legislador e ideólogo y,

como tal, dicta los principios que debe seguir la sociedad entera, incluidos los políticos. Sin excepción, la mirada se dirige a investigar las formas jurídicas del estado aún en ciernes.

En el bricolage humorístico que es *Olimpio Pitango de Monalia*, de Eduardo L. Holmberg, escritor de la generación del 80, pueden leerse los procesos de transformaciones políticas, sociales y culturales de un país en los comienzos del siglo XX. El texto cruza diferentes géneros, enfrenta tipos de discursos, acumula tópicos de la modernidad, recorta legados y tradiciones enfatizando el carácter irracional de los procesos sociales en Sudamérica, explicita posiciones y revela tomas de partido, se burla de ciertas instituciones consagradas de la cultura occidental y somete al escapelo a los sistemas políticos.

Durante las décadas de 1920 y 1930, una serie de escritores y periodistas cultivan la crítica política en textos que fusionan costumbrismo y humor. Para el volumen, elijo un par de artículos sobre Arturo Cancela y Enrique Loncán quienes llegan con sus escritos a un público amplio porque colaboran en periódicos y revistas de gran tirada como *La Nación*, *El Hogar*, *Caras y Caretas*. Profundamente escépticos, son antiyrigoyenistas y a fuerza de tanto negativismo, antidemocráticos. El blanco de sus risas es el gobierno nacional y popular. Muestran una Argentina que, entre la ruina de las instituciones, se vislumbra como una sociedad en pedazos.

Pero no sólo atentan contra los tiempos presentes. Los textos ponen en marcha una operación de desmitificación extendida de los grandes relatos nacionales. De otro modo, la risa y el estereotipo corroen la solemnidad y los mitos creados por los escritores del Centenario (Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas), cuyos ensayos imaginan identidades colectivas para la nación desplegando genealogías reales o inventadas, linajes deseados y memorias verdaderas o falsas. Los escritores nacionalistas se dan la tarea de crear un pasado para alimentar con memorias lo que veían como un desierto cultural e histórico. Los textos, que en su mayor parte adoptan la forma del ensayo monumental y totalizador, apuestan a consolidar la grandeza de la nación.

Estos humoristas, célebres en su época, fueron olvidados posteriormente y quedaron relegados del canon literario. Prefieren las escenas rápidas y fragmentarias, yuxtaponen esbozos de la vida cotidiana armando una sintaxis paratáctica, focalizan algunos elementos en detrimento de otros, trabajan con un recorte temporal mínimo, con el instante. En lo que podría interpretarse como afán de romper con las convenciones del relato nacional, reducen los espacios nacionales a los límites de la ciudad o incluso a ciertos barrios o determinados lugares de encuentros sociales. Los protagonistas se constituyen en el reverso de los héroes nacionales; son, en rigor, antihéroes huecos, mezquinos, prejuiciosos cuando no deshonestos y arribistas.

Oliverio Girondo, figura faro de la vanguardia argentina, entra en este libro con un texto extraño: “Campo nuestro” (1946); sus versos cultos, los entrelazamientos de endecasílabos, heptasílabos y pentasílabos, la atmósfera eglógica, la apacibilidad del lenguaje, el tono religioso y el trasfondo de trascendencia configuran una especie de excrecencia en el corpus del escritor. El poema es una suerte de plegaria, una confesión de enardecido amor que el poeta dirige a la campaña argentina después de haber transitado con distancia irónica innumerables geografías urbanas “En la poesía de Oliverio el bordado es europeo, es urbano, es cosmopolita. Pero la trama es gaucha”, dijo Mariátegui. El comentario condensa un lugar común según el cual Oliverio Girondo encarna una mezcla muy argentina de localismo y cosmopolitismo; una actualización, acaso, de la dicotomía sarmientina de civilización y barbarie.

El Capítulo II, “Las patrias latinoamericanas”, analiza los imaginarios colectivos nacionales o supranacionales en distintos textos y distintos autores. Propone un recorrido breve por algunos ensayos de Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Silvio Romero, Lima Barreto. El propósito es examinar los tipos de comunidades nacionalistas o latinoamericanistas que diseñan.

Joaquín V. González, en *La tradición nacional*, sigue el relato de la leyenda negra de la conquista al focalizar los horrores cometidos. Las luchas indígenas toman el signo del sacrificio en honor

de la patria. Los jefes torturados y muertos son el símbolo de la búsqueda de la libertad colectiva. La historia, a escala continental o nacional, se materializa en el relato de la insurrección permanente. Es una historia que se repite en los personajes sometidos –los indígenas en los siglos XVII y XVIII, los criollos en el XIX– y en los dominadores españoles. La resistencia indígena se prolonga en las guerras de independencia. El patriotismo, la defensa de la tierra en la que se ha nacido, es un legado inca, araucano o quechua. La literatura contribuye a fijar en la memoria las hazañas de los antepasados.

Ricardo Rojas, por su parte, llevó a cabo un ambicioso proyecto dedicado a estudiar los fundamentos de la nacionalidad: la raza, la cultura, las instituciones políticas, y aún la cuestión territorial. La mezcla, que para Sarmiento era el origen del mal, se convierte en Rojas en motor del pensamiento. Su nacionalismo se traduce en propuestas que alientan la mezcla en vez de la separación, la integración en vez de la exclusión, aunque sea cuidadoso a la hora de establecer límites porque: “¡Todo ha de ser argentino sobre la tierra argentina!”. Si la identidad nacional se forma por acumulación sucesiva, la historia se entreve como un continuo que se enriquece con numerosas herencias. Así se vislumbra la identidad colectiva y la individual.

El brasileño Sílvio Romero ataca el falso pintoresquismo del indianismo romántico para sostener una teoría mestiza de la cultura brasileña. La función diferenciadora del mestizaje y la adecuación del mestizo al medio son el soporte para echar los cimientos de la nacionalidad. Reivindicador de la diversidad, acepta la importancia del medio, las coyunturas y las etnias, pero, para diluir determinismos excesivos, reclama un lugar prioritario para lo individual “que em cada homem é uma resultante obscura de toda a evolução cósmica e humana, a resultante de um passado indeterminado pela complexidade inexplicável de sua indefinita duração”.

En 1910, Manuel Gálvez rinde homenaje al Centenario de la Revolución de Mayo con *El diario de Gabriel Quiroga*, verdadero catálogo de la retórica nacionalista. Páginas casi ilegibles rastrean

una suerte de etnografía que planea el retorno a las tradiciones. El autor ficticio –amalgama iconoclasta de bohemio escéptico, aprendiz nietzscheano y arqueólogo folclorista– se transforma, después de un viaje a Europa, en patriota obstinado. Gálvez recurre al viejo tópico de convertirse en el editor de los escritos de otro. En las primeras páginas, traza la biografía intelectual de Gabriel Quiroga –nombre simulado, según aclara más tarde. Aunque observador de costumbres y otras yerbas, Quiroga es fundamentalmente un patriota.

La seriedad de la prosa de Gálvez se torna ironía patética en *Triste fim de Policarpo Quaresma* (1911), de Lima Barreto. La novela –un ataque feroz a las modas nacionalistas y el patriotismo de turno– muestra los lados oscuros de la ideología nacionalista. El personaje central –al igual que Gabriel Quiroga– ejerce el desdichado oficio de patriota. Reverso del discurso nacionalista, la novela traza el arco que va del idealismo a la desilusión. Quaresma, apasionado lector, remedo moderno de don Quijote, aprende en los libros la memoria brasileña, olvidando la lección de su antecesor español que perdió la cordura por causa de la letra escrita.

Bajo el título de ¿Cuál América? se identifican distintas posturas estéticas y políticas. Rubén Darío hizo gala de su múltiple pertenencia, rasgo que plasma en el “Canto a la Argentina”, donde recoge la historia pasada y presente de la nación. El discurso americanista es doble: reafirma las tradiciones al tiempo que corrobora la modernidad. El poema –escrito en ocasión del Centenario de la Revolución de Mayo– ilustra los versos del himno nacional en el despliegue y la actualización del grito de libertad, que ocupa todos los espacios, tanto los reales cuanto los íntimos.

La patria de adopción dibuja los contornos de una utopía que incluye los extremos: la modernidad, la tradición, el campo, la ciudad, las masas inmigrantes, las rurales, las leyendas y la poesía popular, las guerras de independencia con sus héroes y soldados anónimos. La imagen de la tierra prometida enlaza el pasado con el futuro en un *continuum* temporal donde se suman las tradiciones

locales con las extranjeras al presente de las máquinas y la industrialización, para colaborar en la construcción de una única historia puesta bajo la égida de los derechos universales.

La lucha entre espíritu y materia, que interpreta en clave literaria las políticas antimperialistas del fin de siglo, encuentra su expresión más acabada en el *Ariel* de Rodó (1900). El tópico shakespereano se hace historia evolutiva de ideas y culturas que avanzan hacia la plenitud. *Ariel* es un programa de regeneración vital que articula cultura y sociedad y en el que la estética funciona como vía hacia la moral. El viejo maestro entrega a la juventud los contenidos para que ésta cumpla la misión de traducir las premisas liberadoras al pueblo.

Reverso del *Ariel*, el discurso antimperialista de *Nuestra América*, de Martí aclara el enigma de la identidad latinoamericana. Ante la pregunta “¿cómo somos?”, el cronista responde, vehemente, con la amonestación. Martí arremete contra el concepto de raza para abrazar las luchas étnicas en la dimensión de la libertad, una noción abstracta y ancha, en extremo adecuada para sortear los peligros de la fragmentación. Tampoco aquí hay vacilaciones: América es mestiza. Por eso, narra una fábula cuyos protagonistas son los guerreros independentistas. En este discurso apelativo, el “alma de la tierra” o el “alma continental” se aleja de todo esencialismo y arraiga en la facticidad de la guerra armada o intelectual

Otros intelectuales aportan reflexiones más sutiles y análisis más optimistas. Con posiciones heterodoxas que lo involucraron en numerosos conflictos, Manuel Ugarte construye su pensamiento en la confluencia entre el ideario socialista, las aspiraciones de unificación latinoamericana y ciertas políticas antiimperialistas que denunciarán el peligro constante de los Estados Unidos. Esta amalgama –que lo acerca a la idea leninista de que el socialismo debía apoyar las revoluciones nacionales que ayudarían a la revolución internacional del proletariado– lo hizo adherir a movimientos y gobiernos populares, como el APRA peruano, la Revolución Mexicana, la lucha de Sandino en Nicaragua o el gobierno de Perón en Argentina.

El Capítulo III, “Figuras de intelectuales y de artistas”, pone el foco en el análisis de las subjetividades llamadas a ser héroes, mártires o guías de sus respectivas comunidades. Un ejemplo de estos destinos se encuentra en los retratos que componen *Los raros*, de Rubén Darío, en donde, cada retrato-objeto enuncia una historia que siendo particular tiende a la dimensión universal del arte. Los retratos-objetos se declaran políglotas al elaborar códigos que traspasan las fronteras estrechas de una lengua. El carácter artificial de cada pieza atrae sobre sí con la fuerza de un imán la conjunción de los tiempos. *Los raros* apuntan a edificar la memoria estética del futuro.

Hacia fines del siglo XIX, la modernidad misma se constituye en mito y examina sus personajes individuales –el artista decadente, el escritor profeta, el escritor profesional, la nueva mujer, la *femme fatale*, la mujer ángel– o colectivos –las multitudes, el pueblo nacional o latinoamericano– y sus espacios, de modo predominante, las ciudades y los interiores, pero también la nación o el continente con su naturaleza feraz o indómita.

El mito del escritor como profeta pertenece doblemente a su época, es engendrado por ella y, a su vez, la describe, haciendo la apología o la crítica. La enunciación profética se articula con los procesos de modernización dando origen a narraciones que elaboran las tensiones entre una subjetividad que exhibe ademanes elitistas mientras acusa la pérdida de la plenitud, y un orden político que se conmociona ante el surgimiento de las masas. Algunas composiciones de José E. Rodó, José Asunción Silva, Rubén Darío, José Martí y Leopoldo Lugones proveen las condiciones de enunciación de la profecía en el 1900. Los discursos ponen en consonancia el presente como superación del pasado y proyectan un futuro más venturoso mientras evalúan distintos aspectos de la modernización: el lugar del progreso, la razón, la fe, el papel de la literatura y el destino del escritor y del pueblo en ese nuevo orden.

Las funciones de la literatura y las tareas del escritor cambian según las épocas. A partir del análisis de *El último lector* de Ricardo Piglia, quise rastrear una concepción de la escritura como actividad que restituye lo que se ha perdido. En una entrevista de 1989,

Piglia declara que en la época en que trabajaba sobre la forma de *Respiración artificial* pensaba en la idea de archivo; el personaje de Ossorio, una inversión de Sarmiento, nació de la necesidad de hallar una fuente histórica que sirviera de base para construir el archivo donde se guardan la memoria individual y la colectiva.

El Capítulo IV, “La vida de los otros”, pone en escena la construcción de distintos tipos de diferencias y, de cierto modo, opera como contrapunto de las figuras de escritores y artistas. Utilizo el término siguiendo las postulaciones de Stuart Hall que acentúa la diferencia, el proceso más que la configuración. La identidad no sería un conjunto de cualidades predeterminadas –razas, color, sexo, clase, cultura, nacionalidad– sino una construcción nunca acabada abierta a la temporalidad, la contingencia. Es decir, una posicionalidad relacional fijada solo temporariamente en el juego de las diferencias.

El fin de siglo XIX conoce el pasaje de la cultura de élites a la cultura de masas. En este contexto, en 1898, comienza a publicarse, en Buenos Aires, la revista semanal *Caras y Caretas* que ensaya un nuevo tipo de periodismo destinado a un público en formación. Con humor y un oído que le permite incorporar registros, tonos y acentos de la oralidad, su fundador, José S. Álvarez –más conocido por el seudónimo de Fray Mocho– imagina escenas de la vida cotidiana que interpretan criollos y extranjeros. Fray Mocho usa la crónica para hacer visibles los restos que dejan los procesos de modernización o sus bordes. En la ciudad, los márgenes encarnan en una galería de pícaros casi simpáticos y delincuentes no muy crueles; en el campo, despliegan una serie de cuadros donde se retoma, con variantes importantes, el ideograma de la dicotomía civilización-barbarie.

El debate sobre el protagonismo de las masas recuerda las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX, cuando el tópico roza la obsesión. Las élites tenían tanto horror a la masificación como a la mediocridad. Múltiples perspectivas –literarias, políticas, sociológicas, biológicas o psicológicas–, abordan el tema y buscan dilucidar el poder de una fuerza desconocida siempre

arrolladora y, a la que se concibe, a menudo, como salvaje y desquiciada. Le Bon fija el estereotipo en su *Psychologie des foules*, referente ineludible hasta las primeras décadas del siglo XX.

En *Las multitudes argentinas* (1898), Ramos Mejía practica dos miradas analíticas, la del político y la del alienista. Ambas realizan el diagnóstico social a partir del examen de la historia pasada. Se trata de un positivismo biologicista que traspola ideas de las ciencias naturales al campo social y político con el fin de observar el fenómeno de las masas: cuáles fueron sus transformaciones y sus funciones en la vida virreinal y durante las guerras independentistas, cómo fueron usadas por Rosas para sostener la tiranía y llega a la descripción de las multitudes modernas.

El espíritu de rebelión, del que habla Ramos Mejía, es el núcleo productivo de una obra clave del período, *Os Sertões* (1902) del brasileño Euclides da Cunha, visión trágica y dialéctica de la rebelión de Canudos en la que se enfrentan dos tipos de sociedad –la del litoral y la del interior– y dos épocas –la modernidad republicana y el anacronismo milenarista, cruelmente aniquilado.

Si nos desplazamos hacia el siglo XX, podemos constatar que el universo ficcional de Elías Castelnuovo –sobre todo el de sus cuentos– está poblado por sujetos que se mueven en lo que bataillanamente podríamos definir como una zona heterogénea de la existencia social y son ellos mismos inasimilables por las convenciones burguesas. En esto reside la extraordinaria capacidad que tiene su literatura, o al menos, gran parte de ella, para repensar lo que Rancière llama la división de lo sensible poniendo en cuestionamiento la distribución de posiciones a través de una serie de estrategias narrativas que se revelan eficaces. Sus obras –especialmente sus cuentos– exhiben de modo descarnado los desechos del sistema, poniendo en fatal correlación capitalismo y exclusión.

El Capítulo V, “Formas literarias de biopoder”, gira alrededor de ese concepto que Foucault definió como un tipo de poder que se ejerce sobre los individuos en tanto que ellos constituyen una especie de entidad biológica apta para ser utilizada como máquina de producción. El descubrimiento de la población es al mismo

tiempo que el descubrimiento del individuo, el del cuerpo adiestrable, usable. Los ensayos de este capítulo se aglutinan en torno a varios ejes: la locura en sus diversas formas, el uso de teorías evolucionistas, la pasión sin límites por la ciencia que desemboca en delito, la idea de vida entendida como pura biología.

Ramos Mejía, especialmente en *Neurosis de los hombres célebres*, desarrolla una teoría paranoica que escudriña hasta lo más mínimo para hallar allí la anormalidad. Nada queda fuera del sistema: degenerados mentales, fronterizos de la locura, hereditarios, locos morales, epilépticos religiosos, histéricos, melancólicos. En su grilla, cada loco –famoso o anónimo– ejerce el derecho a la enfermedad y viceversa, cada tipo de alienación, incluso la más estrambótica, consigue un lugar en la tipología. El amasijo bibliográfico con el que el médico revisa la historia transparenta la obsesión por subrayar la potencia de la enfermedad. La locura es, para Ramos Mejía, un instrumento de interpretación que define su perspectiva.

La rebelión y la tiranía de la ciencia son los ejes de la *nouvelle O Alienista* que Machado de Assis incluye en *Papéis Avulsos* (1882). Se trata de una pequeña fábula sobre el poder, una versión irrisoria de las tecnologías de control y disciplinamiento teorizadas por Foucault. Con escepticismo y caústico humor, el narrador hilvana dos tipos de revoluciones –la científica y la social– o mejor, se mofa de ellas tejiendo absurdos: los delirios cientificistas de la psiquiatría naciente y la sugestibilidad y fácil manejo de las masas por individuos inescrupulosos.

Dos partidos en lucha de Eduardo L. Holmberg traza, con rasgos demoledores, los errores que se tornan crímenes mientras explora vínculos resbaladizos entre la ciencia y la ética. Si la representación del científico asesino integra el imaginario finisecular, en este caso, la ficción pregunta una y otra vez por los límites del conocimiento, un interrogante que vuelve en coyunturas de euforia científica. La prosa desafía el buen gusto mezclando el humor negro con lo abiertamente macabro.

Hacia finales de siglo XIX, las nociones de selección natural, supervivencia del más apto en la lucha por la vida y evolución

continua del animal al hombre entran en el mundo de la ficción. La idea de una humanidad perfectible y su contracara, el fantasma de una posible regresión a un estadio primitivo, desbordan el campo científico para difundirse como creencias populares que se difunden en revistas y publicaciones populares y se articulan en tramas narrativas. Los textos inquieran por los orígenes y la posterior evolución del lenguaje y del hombre. Los ejes comunes trenzan un cañamazo de relaciones entre la ciencia y la ética, la humanidad y el lenguaje, el hombre actual y los antecesores, el lenguaje articulado y la animalidad, la racionalidad científica y la irrupción de lo que no puede ser explicado o no puede ser dicho. Analizo aquí dos cuentos de Lugones, “Yzur” y “Un fenómeno inexplicable” y otros de Horacio Quiroga: “Historia de Estilicón”, “El mono ahorcado” y “El mono que asesinó”.

La ciencia urde complicidades y ofrece justificaciones a diversas formas de políticas discriminatorias. A partir de 1880, desde una óptica malthusiana que prevé la catástrofe biológica de la superpoblación, la eugenesia impone principios que interpretan la vida humana como resultado de leyes naturales biológicas. La perspectiva indica que las diferencias, lejos de ser económicas, sociales o culturales, son fijas y naturales. El evolucionismo presta a la eugenesia una terminología y su racionalidad científica.

Si bien el discurso biologicista se impone como hegemónico, hay ejemplos que perciben en la cultura un factor de equilibrio o desorden social. La pregunta del título *¿Inocentes o culpables?* (1884) de Antonio Argerich aparece formulada en el desenlace como eje de la discusión entre el abogado y el cura en el entierro del protagonista. El texto da cuenta de una conjunción destructiva cuando se combinan, fatalmente, el medio, la herencia y la literatura. De las distintas formas de la enfermedad y el vicio físico o moral –la locura, la sífilis, la corrupción, el juego–, la ensoñación literaria no es un mal menor.

En Brasil, José Bento Monteiro Lobato publica *O Presidente Negro ou O Choque das Raças* (1926). El género de la ciencia ficción sirve de pretexto para elaborar postulados eugenésicos y prejuicios

raciales y sexuales que tienen por objeto a negros y mujeres. *O Presidente Negro* es una novela anti-arielista, una distopía que se reclama utopía y toma a Estados Unidos como modelo generado a partir del oxímoron “idealismo pragmático”. De entre los miedos colectivos, pone en escena las acciones de las mayorías negras y de las feministas. ¿Cómo se exorcizan los temores? Destruyendo a las primeras y seduciendo a las segundas. El texto no vacila: de ambos enemigos, el más peligroso es el negro; el diferente es el igual con otro color de piel.

Muchas producciones populares de fin de siglo están atadas a una visión que manifiesta el poder tiránico de las pasiones, la aniquilación inexorable de quien las sufre, visibilizando la etimología del vocablo. Elijo aquí algunas ficciones que narran los padecimientos por amor a la ciencia o a los fantasmas que produce la tecnología. De *La Eva futura* de Villiers de L'Isle-Adam llego al análisis de dos *nouvelles* de Horacio Quiroga, “El hombre artificial” y “El vampiro”. Los textos insisten en una única idea: la catástrofe se precipita cuando el hombre coloca por encima de la ética, el goce por la razón y la ciencia de modo que no conoce límites o cuando la pasión por la ciencia se potencia con la amorosa.